

## BIBLIOGRAFIA

Dr. A. STONNER. — *Bibellesung mit der katholischen Jugend.* — F. Schöningh, Paderborn, 1936, 336 págs. (3.<sup>a</sup> edic.).

En Alemania, como en general en todos los países donde hay muchos protestantes, la afición a la Biblia alcanza unas proporciones que, por desgracia, nosotros estamos muy lejos de emular. Se puede decir que este «movimiento bíblico» es el más extendido entre la juventud alemana y uno de los más influyentes para su formación religiosa. Después de la crisis racionalista, la generación de la postguerra busca a Dios, tal vez más con el corazón que con la cabeza, y anhela oír su voz en los libros inspirados.

Es muy frecuente que el libro de los evangelios o de los salmos sea el compañero inseparable del «nuevo alemán» (Neudeutsche) o del congregante mariano.

Así se explica, en parte, el suceso bibliográfico que va teniendo el libro del Dr. Stonner *Leyendo la Biblia con la juventud católica*. Su fin es enteramente práctico. Nuestros jóvenes quieren escuchar la palabra de Dios y sus educadores se la quieren presentar; pero muchas veces no aciertan en el modo. Para resolver esta dificultad, el autor de este libro no quiso fiarse de sus experiencias de diez años en esta labor, sino que realizó una encuesta, dirigiendo a los técnicos seis capítulos de preguntas relativas a la amplitud, modo, posibilidades y límites que se podían señalar para la lectura de la Biblia en los círculos de la juventud católica.

El resultado fué que 300 personas competentes aportaron los datos que les había dado la experiencia de cuatro, seis, diez y hasta catorce años de semejante apostolado; y con ellos y con su competencia personal pudo componer Stonner un libro denso, lleno de indicaciones prácticas. En él sigue fielmente las orientaciones pontificias, sobre todo de Pío X y Benedicto XV.

*Leyendo la Biblia con la juventud*, trata los puntos más útiles para aprender a normalizar los círculos bíblicos y sacar de ellos el mejor provecho. Los maestros y maestras proponen los medios de despertar en los párvulos la afición al evangelio; los directores de la juventud hablan de sus círculos bíblicos, con 15, 20, hasta 70, y en casos excepcionales aun 200 y 300 concurrentes. Luego se trata de las materias y orden en que se han de prelear (no sólo el N. T., sino también el antiguo, pero con selección); de la preparación psicológica para la lectura, ponderando los valores divinos y humanos de los libros inspirados; de los auxiliares del director y de los circuilistas (libros, oración preparatoria, consideración subsiguiente, etc.). El fruto de estos círculos suele ser una afición grande a vivir la vida de la Iglesia, una elevación visible del sentido religioso, un ennoblecimiento del

carácter y preparación del alma para saborear por sí misma la doctrina inspirada por Dios.

Merecen subrayarse como especialmente prácticas e instructivas las observaciones que hacen ver cómo estos círculos están en relación estrecha con el estudio del dogma, la predicación, la liturgia y la venación del magisterio eclesiástico.

Ya por esto sólo sería recomendable su lectura: lo es más por el acopio de estímulos, indicaciones y resultados de experiencia que recoge, y por lo que sirve para orientar al director de jóvenes y capacitarle para un género de apostolado que Dios quiera que cuaje pronto también entre nosotros.

A ello nos invita laudabilísimamente nuestro Primado con sus estudios y ediciones del Evangelio.

M. Z.

Dr. THAMER TÓTH. — *Jugendseelsorge*. — F. Schöningh. Paderborn. 1933, 416 págs.

«Grande, difícil y llena de responsabilidad es la tarea del educador. El porvenir de nuestro pueblo y de nuestra santa Iglesia depende de la formación religiosomoral de nuestra juventud. Enormes son los destrozos que el paganismo moderno ha producido en ella. Pero también es enorme el entusiasmo de los jóvenes católicos por Cristo y por su santa causa. Lo que le hace falta son directores diestros... Señor, danos fuerza y danos amor.»

Estas palabras con que el benemérito catedrático de Budapest y eminente apóstol de la juventud corona su obra *Apostolado con jóvenes*, cuadran, por lo menos en su segunda parte, mejor a nuestra patria que a la suya. Nuestra juventud ha revelado un espíritu heroico y gigantesco en la destrucción del paganismo moderno, que en forma de comunismo y anarquía quería envenenar a España. Extenuados, pero vibrantes de entusiasmo, esperan los nuevos jóvenes de la nueva España dirección e impulso.

A facilitar la labor de los educadores puede contribuir muchísimo el libro que presentamos, fruto de veinte años de estudios y experiencia personal del acreditadísimo pedagogo e infatigable apóstol doctor Tóth, ya conocido del público español por otras producciones suyas.

Ponernos a recomendarle casi parece una injuria al eminente escritor, cuya fama e influjo han desbordado los límites de Hungría y se hacen notar benéficamente en toda Europa y América.

El contenido del libro es, a grandes líneas, el siguiente: después de unos pensamientos introductorios sobre el cuidado que necesita la juventud universitaria y de considerar la fuerza educativa de nuestra religión (que con su moral y con su dogma responde plenamente a las aspiraciones del entendimiento, voluntad y vida afectiva del hombre), considera la educación del niño en su propio hogar y los primeros cuidados que se le deben prestar. Al delinear después la individualidad del educador, desarrolla una de sus ideas favoritas: el educador debe amar al educando, debe interesarse y afectarse con él sin que se mengüe su autoridad ni sufra la disciplina; debe servirle de ejemplo con sus obras y de guía con su competencia. Luego estudia la educación en orden a preparar a la juventud para una vida racional, adornada con las virtudes naturales, enseñoreada por el entendimiento y la voluntad y realizada sobrenaturalmente por el amor a Jesucristo y por la oración. Para ello debe influir el educador con un tratamiento individual: en particular, debe ayudar en la elección de estado. Dos capítulos están consagrados al problema, particular-

mente del caso, de dirigir al joven durante el período de transformación fisiológica y psicológica. Analiza sus manifestaciones, descubre sus necesidades, señala los remedios naturales y sobrenaturales, atiende como pocos al problema en toda su complejidad y encuentra en la religión los medios más eficaces para resolverlo. En el resto del libro considera algunos valores espirituales para la educación (sacramentos de la penitencia y eucaristía, congregaciones), y termina con un capítulo acerca de los internados, después de haber hablado en el precedente del factor *alegría* en la educación del joven.

La lectura de este libro despierta en el lector la persuasión de haberse dejado influir por un hombre experto, que sabe las dificultades y conoce las soluciones en el difícil problema de formar al hombre.

En un libro donde todo parece atinado y en su punto, tal vez convenga destacar algunas ideas, a las que Tóth da el relieve que se merecen: el educador tiene que amar e interesarse por el alumno; en la educación religiosa tiene que ceder el intelectualismo excesivo, en gracia del gusto y afecto que conviene hacer sentir por la religión; el problema sexual, dice con sobriedad y criterio atinadísimo, no se reduce a la esfera animal o de la carne; para su tratamiento hay que atender sobre todo a la psicología típica de los años de pubertad e invocar el auxilio del factor religioso.

A todos los educadores y maestros de la juventud recomendamos este libro, seguros de no dejarles defraudados.

M. Z.

Dr. I. KLUG. — *Die Tiefen der Seele, Morálpsychologische Studien.*—  
F. Schönigh, Paderborn, 453 págs., 8.<sup>a</sup> edic.

El título de esta obra despierta nuestra curiosidad, pues parece prometernos revelaciones sensacionales en una materia de sumo interés para todos. Y ciertamente que el contenido del libro no defrauda al epígrafe ni al subtítulo *Estudios psicológicomorales*. Aunque, a decir verdad, la curiosidad se trueca bien pronto en el más vivo interés y reviste una forma seria, pues serios y trascendentalísimos son los problemas que con mano maestra va proponiendo el Dr. Klug a nuestra consideración.

Psicólogo por naturaleza y médico de almas por profesión, Klug se encuentra en circunstancias excepcionalmente favorables para descubrirnos las *profundidades del alma*, conforme a su promesa. La ciencia del teólogo y moralista, la experiencia del sacerdote y director de almas, un enorme caudal de conocimientos adquiridos al contacto con obras de literatura, epistolarios, biografías, etc., no menos que las impresiones recibidas personalmente en correccionales, presidios y casas de salud..., son la recomendación y garantía de esta obra. Hasta el peligro de subjetivismo desaparece, porque Klug lo ha controlado y confirmado todo en el intercambio de ideas con médicos y psicólogos.

El fondo de su obra lo constituyen una serie de problemas morales, prácticos algunos, como los que atañen al temperamento, estudiados de antiguo, aunque remozados en la terminología; otros, que han sido y siguen siendo objeto de investigaciones modernísimas: estados patológicos, tipología de hombres problemáticos, psicología del sentimiento religioso y moral, etc. He dicho que son problemas morales, porque éste es el único aspecto que en ellos interesa al autor.

El Dr. Klug no profesa ninguna norma relativa de moralidad. «Está fuera de toda discusión—dice—que hay una moral absoluta....

que se presenta al hombre en forma de imperativos categóricos, ante los cuales no caben pretextos o interpretaciones sutiles... No se da ninguna moral relativa» (p. 3). Pero después agrega unas palabras que, tras la declaración precedente, no deben alarmar a nadie, pues son justas y atinadas: «Hay una moral concreta, y consiste en la medida de moralidad que alcanza el individuo cuando se mide su reacción ante las exigencias de la moral absoluta. Esta moralidad concreta del individuo coincide raras veces con la norma de moralidad absoluta» (p. 4). «La psicología moral se encuentra frecuentemente ante profundos enigmas del alma allí donde el moralista no tiene más que compulsar cualquier libro de moral para decir: pecado mortal» (p. 6). Por eso, cuanto mejor sepa el sacerdote unir en sí al moralista y al psicólogo, tanto mejor realizará el ideal del representante de la Justicia divina, tan exacta como misericordiosa. Y Klug pretende con su libro eso: dar a la psicología el puesto que le corresponde para la «apreciación de «la moral concreta» y para la dirección de las almas, sublimándola al mismo tiempo con la luz y seguridad que brotan de la religión y moral cristianas.

Es imposible dar en breve espacio una idea de esta obra, singularmente densa y concentrada. Dando por adelantado los datos y resultados más seguros de la observación sobre la constitución fisiológica y psicológica de los individuos, entre los que le merecen especial aprecio las investigaciones de Ernesto Kretschmer, dedica el cuerpo de la primera parte del libro a la consideración de las «fuerzas oscuras», que particulariza, considerando por separado las taras hereditarias o adquiridas, la constitución individual, impulsos que esclavizan y ennoblecen, eros y sexo. En la segunda parte tienen cabida verdaderas monografías sobre «naturalezas problemáticas»; el autor hace desfilar ante nosotros al escéptico y al individualista, al psicópata y al criminal; el hombre en estado de naturaleza pura no existe hace falta el auxilio sobrenatural. Los dos apartados últimos están consagrados: el uno, a la psicología de la conversión, y el otro, a demostrar que la perfección de la naturaleza humana es fruto de la fidelidad y del trabajo: «el triunfo es sólo de los hombres heroicos» (p. 402); es decir, de los que se esfuerzan por realizar en sí la norma de moralidad.

El Dr. Klug no pretendió hacer un libro descriptivo, aunque describe muchos fenómenos y los ilustra con ejemplos elocuentísimos; tampoco quería, al menos de primera intención, ser científico, aunque lo es por la escrupulosidad y método que sigue; su deseo era dirigirse a los que de una manera o de otra influyen en la dirección de las almas, a los jurisperitos, educadores, médicos..., para ayudarles a orientarse, a comprender y tratar con acierto a sus clientes. Pero ante todo se dirige a los sacerdotes. Recogiendo los datos de la psicología, les ilustra sobre los abismos de miseria y de trastorno que pueden caber en un alma, para que sepan tomar ante la moral concreta la posición que corresponde y a la que están obligados. Para tal objeto es utilísimo, por no decir insustituible, y será de desear verlo difundido entre el clero en una buena versión.

M. Z.

ANTONIO DUE ROJO, S. I.—*Dios y la ciencia*.—Conferencias dogmático-científicas en el Centro de Cultura Religiosa Superior (1940-1941). Granada. Facultad Teológica, S. I. Apartado 32. 1941. 232 páginas.

He aquí un libro de grandísima utilidad. No es ciertamente un libro «técnico» de Filosofía o de Ciencias físicas. Pero tampoco es un

libro para el vulgo. Su autor, profesor de Filosofía en el Seminario Mayor Diocesano de Granada y director del Observatorio de la Cartuja, verdadero «técnico» en Filosofía y Ciencias, ha adaptado al ambiente científico de nuestros universitarios y hombres de carrera, generalmente poco preparados para estudios filosóficos, grandes verdades y pruebas de carácter metafísico referentes al problema de Dios. Creemos sinceramente que este libro, de sana vulgarización filosófica, viene a llenar el vacío que tanto se ha hecho sentir en España, y a subsanar el cual surgen de todas partes esos magníficos Centros de Cultura Religiosa Superior. En el de Granada tuvo el pasado año el P. Due su curso sobre el tema «Dios y la Ciencia». Fruto de aquél curso es el libro que hoy ofrece al público; en él están reunidas sus doce lecciones, seguidas de la conferencia sobre la Compañía de Jesús y la Ciencia, con que clausuró el año académico 1940-1941, en que recurría el cuarto centenario de la Compañía.

No son estas conferencias, como el título podría sugerir, una exposición pormenorizada de la prueba teleológica de la Existencia de Dios. El A. da mucho más que esto.

En dos partes bastante caracterizadas podríamos reunir toda la materia. La primera parte es más estrictamente filosófica; en la segunda se rozan cuestiones más bien teológicas. En las primeras lecciones (1-5) el A., echando mano de las solidísimas *vías* de Santo Tomás, prueba la existencia de Dios en forma clara, amena y profunda al mismo tiempo. El principio de razón suficiente, «fundamento de la investigación científica», es el que le sirve para demostrar en la lección primera la existencia del Ser Necesario. Por vía descendente se podría probar—dice luego el A. al fin del capítulo—«que el mundo, cuyos caracteres son diametralmente opuestos a los suyos [del Ser Necesario], habrá de ser contingente [...]». Pero preferimos [...] hacer ver cómo [...] ciencias reconocen, cada una en su propio sector y bajo su punto de vista propio, la gran verdad de que: «El mundo no se basta a sí mismo; el mundo necesita de Dios.» He aquí el panorama que va a desplegar en las siguientes lecciones. No es que el A. pretenda hacer decir a las ciencias lo que ellas no pueden decir, porque el problema que va a resolver es estrictamente filosófico, y en estos casos es menester, como leemos en la pág. 40, a propósito del movimiento, «apartar la vista del telescopio y alzar la mano de los cálculos matemáticos para buscar y hallar en la filosofía cristiana la única respuesta satisfactoria». En el fondo, lo que el P. hace es extender con datos científicos, sacados especialmente de la Astronomía física, el círculo de nuestra experiencia para estribar luego sobre ella con proceso estrictamente filosófico, aunque espontánísimo, la prueba metafísica de la existencia de Dios: ha situado simplemente, y en esto está su mérito, las clásicas *vías* en un ambiente científico, pero sin sujetarlas al vaivén propio de las hipótesis científicas.

Con interés creciente van pasando delante del lector las pruebas de la causalidad, del movimiento, del orden, de la limitación de perfecciones (lecciones 2-5), y al fin de cada uno de estos argumentos después de la solución de las principales dificultades, se destaca el nuevo aspecto, siempre consolador y magnífico, con que aparece a nuestros ojos el Autor de la naturaleza. En las lecciones 6 y 8 se completa el cuadro con dos nuevas pinceladas: la Inmensidad (lección 6) y la Eternidad de Dios (lección 8). Entre ambas, la multiplicidad, que tan a las claras se puso de relieve en la lección 6, sirve a maravilla para refutar de modo muy sugestivo el Panteísmo, al par que se afirmá por contraste la única y verdadera unidad de los seres, que no es otra que la comunidad de origen (lección 7).

Las lecciones 9 y 10, que podríamos calificar de apéndice a esta

primera parte, están dedicadas a dos argumentos de cuño menos estrictamente metafísico; nos referimos al argumento fundado en la degradación de la energía y en el origen de la vida; pero que oportunamente ocupan un lugar en un libro que tiene por tema *Dios y la Ciencia*.

Estas primeras lecciones nos han puesto en contacto con la Suprema Causa. Ha sido un proceso que ha resuelto el problema del *hecho*. En la segunda parte se quiere estudiar el *modo*: ¿Cómo se ha realizado la formación del mundo?; problema que invita a plantear también la cuestión de su fin, porque hablar del origen de un ser es suscitar la idea de su muerte. En uno y otro caso, la Ciencia emite sus hipótesis, aunque envueltas en densas tinieblas; mas poseemos la Cosmogonía de los libros sagrados; de aquí la pregunta: ¿Qué nos dice la Biblia sobre el origen y fin del mundo? ¿Está acorde con las hipótesis científicas?

Brevemente, pero con claridad sumá, separa el A. lo probable de lo cierto, y en la lección 11, destinada a estudiar «El Génesis y el origen del mundo», fija su posición, que creemos la más probable sosteniendo un concordismo moderado: «Las proposiciones fundamentales en que coinciden ambas páginas [bíblica y científica], han sido precisamente la materia del presente libro; dependencia y subordinación del universo a Dios en su misma razón de ser; producción del mundo, que hemos visto hubo de ser creación propiamente dicha; orden y disposición de sus elementos, a quienes fueron impuestas las leyes naturales que hoy estudia la ciencia; necesidad de la intervención divina en un primer impulso dinámico y térmico, sin el cual no se puede explicar el régimen existente; origen de los seres vivientes por una acción divina diferente de la que dió el ser a la materia inerte» (pág. 178 y sigs.).

La lección 12 y última está dedicada a la «Evolución y fin del mundo». La Ciencia, cuando quiere extender hacia este tema sus investigaciones está más envuelta aún en oscuridades que cuando quería tratar del origen del universo. Por lo que atañe a la Sagrada Escritura, indica el A. las dos normas fundamentales para una fiel interpretación: tener en cuenta que no es una explicación técnica del fin del mundo y atender al punto de vista bajo el que se tratan estos asuntos, que no es otro que la venida del Juez supremo como «algo trascendental en la vida religiosa de los hombres». Si se tienen presentes estas dos normas, no se buscará en los libros santos la confirmación de hipótesis más o menos patéticas, que atraen un tiempo a los hombres de ciencia para ser relegadas tal vez más tarde al olvido.

Este es, en breve síntesis, el libro que, elegantemente presentado, acaba de ofrecer al público la Facultad Teológica, S. I., de Granada.

Dada la finalidad de la obra, no hemos echado de menos más que alguna alusión a las leyes estadísticas, hoy tan decantadas; el argumento del orden parecía exigir la solución de esta dificultad, más aparente, tal vez, que real, pero que puede serlo para los estudiantes y hombres de carrera, a quienes, al fin y al cabo, se dirige la obra. También nos ha parecido que en algunas ocasiones se daba excesivo espacio a la parte científica al par que se reducía demasiado el aspecto filosófico.

Son éstos, empero, detalles insignificantes; en general, la obra merece todos nuestros plácemes y le auguramos la más extensa difusión.

J. SAURET.